

santa isabel

enero

febrero

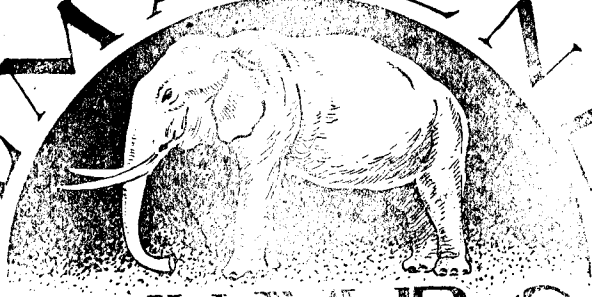
1967

la guinea española



año LXV

n.º 1610

ALMACENES

DUMBO

de
JOSE NAUFFAL
SANTA ISABEL
FERNANDO POO

Le ofrece un completo surtido de artículos
de Regalo para Señoras, Caballeros y niños.
Especialidad en objetos de Oro y Plata



Cran surtido en Sedería y Algodones,
Mantones de Manila, Quimonos,
Cubrecamas y Mantelerías bordadas
Ultimas novedades en Bolsos para Señoras.
Todos los artículos que Ud. requiera los
encontrará en

ALMACENES "DUMBO"



Economizará Ud. mucho visitando esta Casa
antes de realizar sus compras.

Calle Sacramento. N^{OS.} 2 y 4

SANTA ISABEL Y BATA

TRANSPORTES REUNIDOS, S. A.

TALLER DE REPARACION
TALLER DE RECAUCHUTADO
TALLER DE CARROCERIA

Explotación Líneas

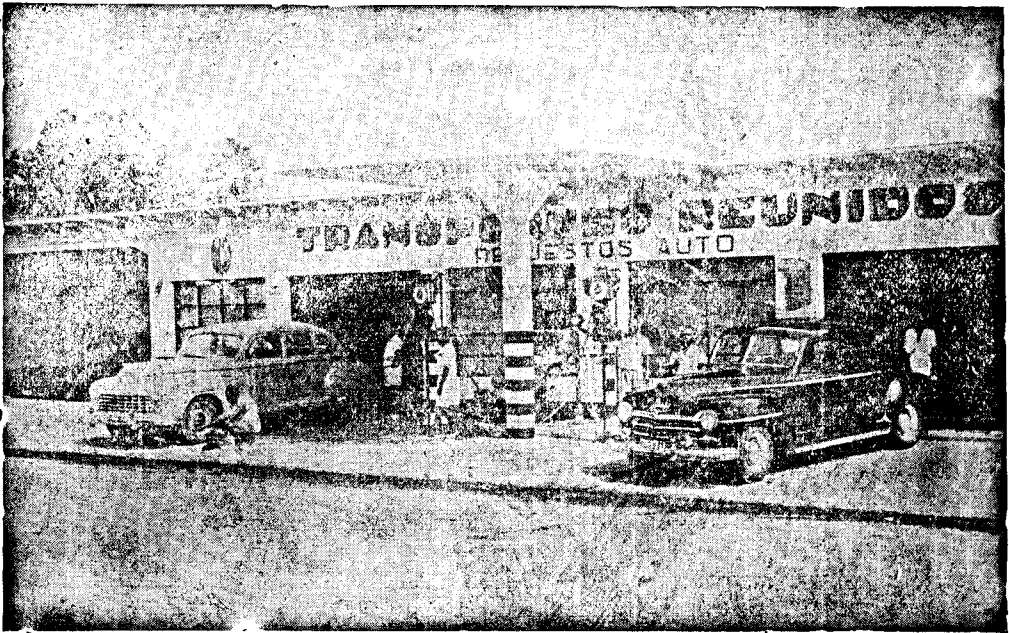
SANTA ISABEL—SAN CARLOS
BATETE—MOKA—BASUALA
CONCEPCION

Factorías de

Repuestos — Accesorios — Cubiertas — Cámaras
RADIADORES — BATERIAS CARGADAS

HERRAMIENTAS - FARO

AUTOMOVILES — CAMIONES

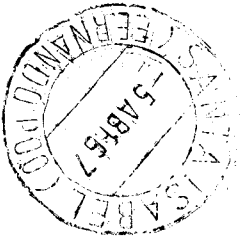


Transportes Reunidos

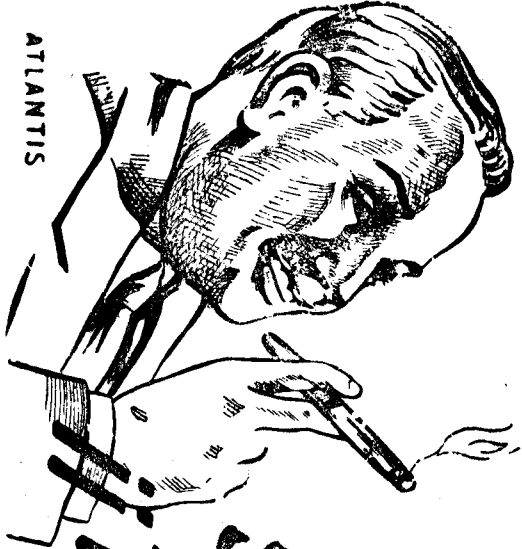
AVDA. GENERAL MOLA N.º 50
SANTA ISABEL FDO. POO.

de Fernando Poo, S. A.

visítenos y encontrará las mejores calidades a los mejores precios



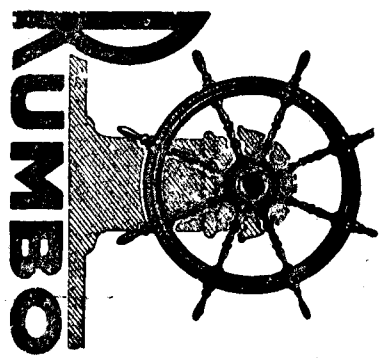
Los tabacos



ATLANTIS

¡¡ Magnificos !!

Son...



la guinea española

REVISTA MENSUAL PUBLICADA
POR LOS MISIONEOS HIJOS DEL
IDO. CORAZON DE MARIA

FUNDADA EN 1903

Núm. 1610

Santa Isabel, Enero—Febrero
de 1967

Depósito Legal—F. P., 10—1959.

Sumario

Pág.

Editorial	2
Fernando Poo y su gente de hace cien años, <i>por José Muñoz Gaviria</i>	4
Siete días de caza mayor, <i>por Melchor Mañé Anda</i>	9
Urbanismo en el trópico, <i>por José María Vilá C. M. F.</i>	15
«He visto cómo se ponen las primeras piedras, <i>por José Buaki C. M. F.</i>	18
Compañías petroleras en Fernando Poo.....	20

PORTADA

Hermosos descendientes de los reyes
de Moca.

SUSCRIPCION

Al año: Ordinaria	75	pesetas
De bienhechores	100	pesetas
Número suelto	10	pesetas

EDITORIAL

Enseñanza y responsabilidad

En el movimiento cultural que actualmente se extiende por toda la superficie de Africa, Guinea Ecuatorial no se ha descuidado.

Y podemos decir honradamente que tiene un mérito relativo de primera importancia. No será fácil encontrar en otras partes de Africa una densidad escolar superior a la de nuestra Guinea. Vemos con alborozo la creación de nuevos centros. Algunos, magníficos y definitivos como los de la ciudad de Bata. Otros acertadamente acomodados, y otros casi tan humildes como la cueva de Belén. Todos igualmente están llenos de efervescencia escolar. Tan necesaria como el pan se juzga hoy en esta Guinea la cultura de cada día. Por eso llegan alumnos desde las últimas rancherías. Por eso hay en las ciudades numerosos alumnos viviendo casi del milagro y quién sabe si pasando hambre a cambio de la cultura que tienen necesidad de adquirir para estar en consonancia con la actualidad. Estas aspiraciones de la juventud son dignas de ser aclamadas con todo entusiasmo si es que no podemos hacer otra cosa. Pero quizá se pueda hacer más por esa juventud. La Excelentísima Diputación de Fernando Poo, por el entusiasmo de su actual presidente, ha dado un ejemplo magnífico en sus dos colegios recién abiertos en Santa Isabel. Y buen signo de tiempos mejores, para la enseñanza es también y por fin en Fernando Poo, la presencia de los Hermanos de la Salle y la presencia de las señoritas instructoras de la sección femenina de la Organización Juvenil Española.

La voz de nuestros gobernantes está constantemente pidiendo hombres preparados. Fuera de los centros escolares y laborales es muy difícil en Guinea esperar hombres preparados. La preparación no se improvisa.

La preparación de esos hombres que se esperan para realizar nuestro porvenir político tiene que ser realizada por «hombres

preparados» y en un tiempo tan largo como la juventud y no por «profesores chapuzas» y aceleradamente. Desde el amanecer cultural de Guinea se han visto quedar pequeños numerosos o casi todos los locales escolares. Hoy este problema es mayor porque se ha hecho de repente mucho mayor la muchedumbre juvenil que pide preparación. Es por tanto muy explicable la angustia de las instalaciones escolares y la existencia de instalaciones provisionales, y hasta la falta de otros medios materiales de enseñanza.

Esta carencia de medios materiales, (reconocemos que tampoco se pueden improvisar los medios materiales) está siendo en algunos centros compensada por el admirable interés del personal docente. (Estamos pensando en D. Ramón Izquierdo, Ingeniero Industrial, en D. José Mascarell, Licenciado en Químicas y en D. Alejandro Ballesteros, Profesor titulado de Taller que componen el consejo de Dirección de la Escuela de Aprendizaje Industrial de Santa Isabel). Esta mención es sólo un ejemplo que conocemos. Hay más ejemplos. Pero existe el peligro de que exista otra clase de ejemplos, malos ejemplos, como sería improvisar profesores ante la facilidad de convertir en una mina los generosos deseos de preparación que está teniendo toda nuestra juventud.

Aquello se llama problema de local. Esto se llama fraude. Esta vieja publicación, nacida para impulsar el progreso de Guinea, desea para pronto el remedio completo para «aquello» y para «esto».

Fernando Poo y su gente de hace cien años

(Un capítulo de la obra «Tres años en Fernando Poo» de D. José Muñoz Caviria, Vizconde de San Javier (impreso en 1875))

La tercera y verdadera expedición

Al celoso e inteligente director de Ultramar D. Augusto Ulloa se debe la tercera y verdadera expedición, y que si no dió los resultados que debía, no fué culpa suya sino de los erróneos informes de las primeras expediciones. Organizóse la expedición, y el 23 de mayo de 1856 llegó a Santa Isabel (en cuyo nombre había cambiado el de Clarence la población) desde su recuperación por los españoles en obsequio a la reina de España.

El vapor de guerra español «Vasco Núñez de Balboa» con D. Carlos Chacón nombrado Gobernador de aquellas islas, y que llevaba consigo una misión de la Compañía de Jesús destinada a difundir la luz del Evangelio en aquellos países sumidos en la idolatría; un jefe de ingenieros, dos maestros mayores, con encargo de reconocer la parte montuosa de la isla adquirir datos sobre la riqueza de sus maderas y utilizar para la construcción naval las que pudiesen ser convenientes.

A los pocos días llegó también el bergantín «Gravina», la goleta «Cartagenera» y la urca «Santa María»,

conduciendo algunos de la expedición y el material necesario para la construcción de una barraca hospital que debía situarse en el sitio más adecuado para auxilio de los individuos de aquella fuerza que enfermasen. Traían víveres para seis meses, medicinas, pertrechos navales, instrumentos y herramientas de todas clases. En una palabra, el director de Ultramar D. Augusto Ulloa, con más conocimiento que los que dirigieron las anteriores expediciones, trataba de preparar habitación y asilo para los que debían colonizar aquel país. Mucho, muchísimo tienen que agradecerle los primeros colonos y empleados de aquellas islas y yo en particular no me cansaré de alabar su actividad, su celo y su previsión.

La capital de la Isla

Grandes fueron los trabajos que se ejecutaron bajo la dirección del gobernador Chacón para establecer los primeros edificios y combatir las enfermedades que se oponían a la colonización.

Colocóse el hospital en el punto más conveniente y ventilado. Compró todos los edificios y almacenes que

había construido la compañía anabaptista, con especialidad la gran casa de la gerencia, que destinó a casa del Gobierno. Instalóse la Compañía de Jesús y empezó, digámoslo así, la ciudad de Santa Isabel.

Situada esta ciudad en una plataforma elevada sobre el nivel del mar recibe con ventaja los vientos reinantes del Sudoeste. Sus casas son todas de madera y solamente tres o cuatro de dos pisos.

El area de la ciudad es bien nivelada y plana, próxima a la base de la cadena de colinas que destacan hacia el Oeste.

El plano de la ciudad es un cuadro. Dos o tres de las principales avenidas parten desde otra común a orillas de la playa cortándolas en ángulos rectos otras calles de menos consideración. Las más anchas y espaciosas están alfombradas de hierba especialmente en la estación de las aguas. Las habitaciones todas se componen de tablas toscamente labradas y los techos son de bambú; las casas de los habitantes más opulentos son únicamente las que están elevadas sobre el terreno. Las pocas casas situadas sobre la plataforma y que se divisan desde el mar son las mejores de la población, porque las pendientes detrás de la plataforma no pasan de ser casas como las chozas de las demás ciudades africanas. Los negros residentes en Santa Isabel visten casi todos a la europea y son muy políticos y civilizados excepto los crumanes que conservan el carácter de su pueblo y su primitiva desnudez.

Organización y actividad del Gobierno

Seis meses después el brigadier D. José de la Gándara tomaba posesión del gobierno de la Isla, acompañado del comandante de ingenieros D. Manuel Pujol, del capitán de la misma arma D. Luis García Tejero, del comandante de artillería D. Teodosio Noelli y capitán D. Manuel Corsini y del teniente coronel comandante de las fuerzas de infantería que debían guarnecer la isla, compuesta por 180 soldados, todos fuertes, robustos y con un oficio industrial. Gran número de colonos y los empleados civiles y médicos para el servicio de la compañía, empleados y hospital.

Al principio fue difícil la instalación de todos, pero D. Manuel Pujol y el capitán Tejero pronto armaron el cuartel, magnífico edificio de madera de dos cuerpos, planta baja y alta; la planta baja destinada para la tropa y la alta para los oficiales y empleados civiles. Puede asegurarse que la casa cuartel de Fernando Poo es el mejor edificio que existe en su clase en la costa de Africa fuera de los castillos de Cabo Costa, Acra y Almina.

El brigadier Gándara, hoy teniente general, se ocupó desde los primeros momentos de organizar la administración civil y militar de la isla; a cada uno le confirió una comisión: los ingenieros cuidaron de los edificios en construcción; el comandante Noelli, de los almacenes, y el capitán Corsini, de los desmontes y vías de comunicación. Los soldados trabajaban en las obras y en los días que no había

trabajo se ejercitaban en los ejercicios propios de su arma dirigidos por el comandante Toubes, entendido jefe y verdadero padre del soldado.

Edificios notables, paseos, playa

Los edificios más notables de la isla son el cuartel, la casa del gobierno, hospital, consulado inglés y casa de los jesuitas. La iglesia y la aduana son los dos únicos edificios que había en mi época, de piedra.

La iglesia es de una sola nave de estilo griego y no carece de gracia si bien la afea algún tanto el campanario que se le ha sobrepuesto por exigencia de los Padres Misioneros.

Los planos son del capitán de ingenieros Tejero que comenzó la obra, y el comandante de la misma arma D. Francisco Osorio la terminó, por haber cumplido los tres años en isla Tejero. El cuartel es obra de D. Manuel Pujol.

A estos tres celosos y entendidos jefes, honra del cuerpo facultativo de ingenieros, se debe también la conservación del hospital y su posterior reparación.

Entre estos edificios que hemos descrito y unas cuantas casas habitadas por los crumanes comienza un hermoso paseo de veinte varas de ancho y de cerca de una milla y media de largo que va a terminar en el mar y que sirve de paseo público, donde los días festivos y de buen tiempo, las negras ostentan con gran afectación las modas europeas y sus exagerados miriñaques que hasta allí han logrado penetrar.

A la entrada de este camino o paseo, a la derecha se ve una enorme ceiba, árbol colosal, contemporáneo tal vez de la creación, y bajo la cual se celebró por primera vez el Santo Sacrificio de la Misa por los capellanes de la segunda expedición que mandó allí España al mando del capitán de navío D. Juan José de Lerena en 1843.

Bajo de esta ceiba se formó el campo santo, el sitio del eterno reposo de los españoles que un clima funesto a los europeos arrebató todos los días.

El cementerio protestante o el general está situado a la extremidad de la avenida que termina en el río Cónsul, y el murmullo que produce el desnivel de las aguas y la abundante y espesa vegetación de que está cubierto y que parece que recibe nueva vida de los cuerpos allí enterrados, le dan un aspecto severo y melancólico.

Allí están enterrados los héroes exploradores de Africa y el Capitán Bird Allén, célebre marino inglés descubridor de la embocadura del río Niger.

En el río, que corre a espaldas del cementerio y cuyas aguas son poco profundas, vienen por la tarde la mayor parte de las señoras de la isla a lavar su ropa y a hacer sus abluciones que verifican con grave y singular acompasamiento.

La playa está ocupada con almacenes de depósito de los comerciantes de la colonia y con depósitos de carbón pertenecientes a la marina real inglesa y a la compañía de vapores del Africa Occidental.

El gobierno español ha formado también otra para los buques de su estación. Allí se ha edificado la aduana, primer edificio de piedra levantado en la isla, construido por el capitán Tejero.

Isla Hermosa

El aspecto de la isla es extremadamente hermoso, es digno del título que le dieran sus primeros descubridores de Isla Formosa.

Ante su magnífico panorama queda el hombre confundido, considerando su pequeñez y admirando el sublime espectáculo de la naturaleza.

Dos altas montañas, notabilísima una de ellas, la negra arena de la playa, las escorias y otras sustancias que allí se encuentran, revelan origen volcánico de la isla, formada por algún sacudimiento que conmoviese las montañas de Comarones y Rummy, y plantase esta isla con las dos portuguesas del Príncipe y Santo Tomé y la española de Annobón, en donde hoy se hallan, todas en la misma dirección, la de Noroeste y Suroeste.

Por la extremidad Norte se ven dos brazos de bosque en conexión de sus dos altas montañas, bosques vírgenes en casi toda su extensión en donde los árboles más comunes son el cedro, la teca, el caobo y la palmera que domina en todas partes y de cuyas maderas están compuestas las casas de Santa Isabel. Más lejos de esta región de árboles colosos de la vegetación, la cresta de las montañas y sus lados hasta un tercio de la altura, aparecen con una lozana verdura, y en el extre-

mo superior de las colinas están los pueblos de los indígenas. Sus casas están hechas con mimbres, bambú muy bajos, casi todas iguales y de una misma dimensión y forma, situadas en un área abierta y rodeada cada una con una especie de barrera defensiva o cercado.

Innumerables arroyos bajan de las colinas a una hermosa bahía en el norte de la isla uniéndose a sus ríos uno en cada extremidad y el tercero en el centro de la misma. En todos ellos los buques pueden hacer aguada con facilidad.

Alrededor de la bahía, el terreno forma grande y hermoso anfiteatro.

«Excepto la bahía de Nápoles (dice el capitán inglés Kelli) no conozco ningún punto más propio para ser transformado en un perfecto edén con ayuda del arte y de la industria.»

Además del fondeadero o bahía de Santa Isabel, hay otras dos más: el de San Carlos al Noroeste, mucho más capaz y abrigado que el primero, y el de la Concepción al Este. Este último ofrece poco abrigo a las embarcaciones en los meses de abril y mayo, octubre y noviembre, época de las tronadas, pues quedando enteramente abierto, presenta grandes riesgos. Sin embargo fue el primer punto donde se establecieron los españoles en la primera expedición en 1778 y aún existen allí en la arena enterrados sus cañones.

La subida a la esplanada, sobre la cual está Santa Isabel elevada sobre cien piés, es muy escarpada, y su mal camino ocasiona grandes dificultades para el transporte de los efectos de la ciudad.

Los habitantes (envidiados por su hermosura)

Los primitivos habitantes de Fernando Poo se llamaban «adceyah» acentuando en la última sílaba, pero esta palabra es más un nombre genérico que significa ciudad o población, que el apelativo de su raza. Son más conocidos con el nombre de bubí, palabra que en su lenguaje nativo significa «hombre» y parece que ha sido aplicado por ellos a los europeos, porque al aproximarse alguno, le saludan amistosamente con las palabras «ke--hue--bubí?» Cómo estás, hombre?

Estos habitantes por el desarrollo de sus formas, tienen caracteres físicos diferentes de las tribus que pueblan los terrenos bajos alubiales del delta, de los ríos del continente, empero al mismo tiempo se perciben en ellos los mismos rasgos de afinidad de toda la raza negra aunque menos prominentemente marcados estos caracteres que las multiplicadas tribus de la costa de Africa.

La parte corporal de esta gente es fuerte, robusta, con musculatura redonda, pero flexible en sus movimientos, y en su estatura aventajan en general a los negros, excepto a los de camerones.

La obesidad del rostro, muy estimada por los negros de la costa opuesta, como una de las perfecciones de la organización varonil y ardientemente deseada por las mujeres, como el tipo más acabado de la hermosura, no es apreciada entre ellos.

Una moderada redondez de cara en los contornos y disposición compacta

de los miembros y el tronco, se puede decir que forma su físico exterior; el craneo en su contorno tiene la conformación usual de los negros con los huesos laterales aplastados, frente deprimida y pelo labudo. La cara, aunque desfigurada por sus adornos, que son tres o cuatro incisiones cicatrizadas, extendidas desde el arco cigomático hasta el ángulo de la boca, tiene alguna semejanza con la de los europeos. Su cutis es negro parduzco frecuentemente cubierto con vena amarilla y rayas coloradas, estas últimas incorporadas con el pelo en bandas transversales. Muy pocos negros de Fernando Poo dejan de hacérselas. Sus facciones son regulares y van perdiendo poco a poco aquella prolongación brusca y singular, tan predominante en las tribus de Africa. Además del ocre amarillento, tienen su piel con diversos afeites confeccionados con barro rojo, con el cual untan su pelo que cae formando trenzas, o bien lo dejan en mechones con bolillitas de barro.

Los hombres llevan enormes sombreros de paja con plumas de gallina y los que parecen de la aristocracia usan ciertos collares morcillas hechas con tripa de perro, cabra o de otros animales, llenas de grasa; cuyo contenido destile, los preserva de las picaduras de los mosquitos. Carecen de barbas que tanto admiran en los europeos, y algunos se las ponen postizas con pieles de mono o de chivo.

Son muy afectos a vestir prendas deshechadas, y así a muchos se les ve con sombrero, chaleco, botas, y lo demás en cueros.

SIETE DIAS DE CÁZA MAYOR

**Cinco hombres y dos rifles
Pudimos matar más elefantes, pero eran pequeños**

*Por Melchor Mañé Anda
Cazador profesional*

(Son unas memorias escritas por el mismo autor de la aventura)

FUIMOS CINCO AL SAFARI

Serían aproximadamente las diez y media de la mañana cuando los cinco componentes de la expedición de caza del elefante penetramos en el bosque:

Ante todo, lector, voy a presentarte uno por uno los expedicionarios. Empiezo por mí mismo. Me llamo Melchor Mañé Anda. Hombre de proceder ecuaníme y jefe de la expedición. Siempre en vanguardia e incansable en el bosque. Conozco palmo a palmo gran parte de los bosques de nuestra Guinea y por eso nunca me he visto en el peligro de perderme. Como jefe de expediciones de caza mayor creo que soy valiente e infatigable.

El segundo elemento es Deogracias Mañé que va junto a mí y que porta el terrible arma muy eficaz contra las fieras. «Exprés calibre 475». Deogracias es un chico muy travieso que siempre va metiendo baza entre sus compañeros, pero es valiente y bueno.

El tercero es Manuel Nzogo, decidido y poco hablador. Para él no existe otra cosa en el mundo que pegar tiros. Va portando siempre un arma ligera de seis tiros que es un magnífico fusil alemán. Este Abá—Abá debiera ser artillero pues tiene concentrado todo su espíritu en las armas y se siente capaz de exterminar una manada de paquidermos con un arma en la mano. De seguro que llegará a ser un gran cazador con el tiempo.

Llegando al número 4 encontramos a Lucas Nzomo provocador de las bromas e irresistible a las mismas. Más adelante el lector irá conociendo por los hechos a todos los expedicionarios y dejó que los juzgue según su criterio.

El quinto componente es Sebastián Oló Ayekaba que iba en la expedición como acompañante con la curiosidad de ver cazar un elefante pues francamente era la primera vez que formaba parte de una expedición de caza. Tenía ansias de ver disparar a un paquidermo y contemplar su agonia o su enfurecimiento.

Ibamos cargados de provisiones para tres días: yuca en envueltos y pastas de cacahuete. Salimos de distintos sitios y nos reunimos en Bikueme donde comenzamos la marcha para penetrar en Afanabang, por el camino de Dangüeng. Llegamos a Afanabang, y descansamos unos minutos y charlamos sobre la suerte que nos esperaba en el bosque. Después de tomar unas bromas con la Srta. Emilia Nchama nos despedimos de todos y pusimos los pies en el camino.

Después de haber andado un buen rato y estando todavía entre los bicoro donde las mujeres tienen plantada la yuca yo ordeno a los ayudantes que carguen las armas.

Después de los bicoro estaba el bosque por donde decían que andaba una manada de elefantes y un elefante salitario. Por eso teníamos que llevar las armas listas para entrar en acción.

Después de cargar las armas encontramos a Ndongo Ateba en plena faena de limpiar la finca de cacahuete con una de sus mujeres. Nos paramos un momento para saludarle y luego continuamos la marcha. Nos dirigíamos hacia el río Ndyakom cruzándolo por Amang—Etugu. Después de haber cruzado el río hicimos una estación para comer parte de nuestras provisiones y volvimos a continuar nuestro viaje por la selva en plan de cacería pero sin ver huellas de ningún paquidermo. Yo siempre iba en vanguardia. Me seguía Deogracias Nvono con el terrible arma. Después iba el gran amigo de las armas de fuego Abá—Abá con su fusil de seis tiros.

Le sigue el amigo de todos Lucas Nzomo y por último Sebastián que cierra la fila. Lucas y Sebastián iban cargados con las provisiones y no llevaban más armas que cortos machetes que habían de servir para descuartizar el elefante.

Continuamos la marcha silenciosos como soldados en patrulla en una operación de guerra. Porque cuando se hace cacería de elefantes o de búfalos u otras fieras no se puede ir charlando por el bosque. Los elefantes tienen fino el oído. Tienen sobre todo un magnífico olfato. Continuamente están moviendo su trompa explorando el aire.

LAS PRIMERAS HUELLAS Y LA MALA SUERTE DE AQUEL DÍA

Ibamos silenciosos como antes he dicho. Nadie mostraba señales de cansancio. Todos teníamos ansia de encontrarnos con una manada de elefantes o con cualquier elefante solitario. Cuando ya el sol había pasado el meridiano llegamos a las orillas del río Mbía habiendo encontrado solamente huellas de hacia tres o cuatro días. Lo que vimos en el río fué un «nvu» o «citatunga» al cual quise yo disparar con el rifle que antes he presentado, pero el portador del mismo se había quedado un poco atrás y cuando llegó con el arma ya el animal había interrumpido su plácido baño y huía de nuestra extraña presencia.

Seguimos remontando por la orilla del río. Abá—Abá el artillero quiso disparar contra unos peces pero yo no se lo permití porque eran disparos que podían perjudicarnos en nuestros planes de caza mayor sembrando la alar-

PILAR PRIMO DE RIVERA.— Llega a Santa Isabel el día 24 de enero e inaugura el colegio menor femenino







Celebrando la fiesta de San Blas patrono de los locutores
ante el micrófono de Radio Santa Isabel.



Si V. conserva y encuaderna los cuadernillos correspondientes tendrá muy pronto un libro del P. Tomás Martínez que le ayudará a conocer la Isla de Fernando Poo.

ma entre los elefantes que tal vez los pudieran oír.

Seguimos remontando por el río hasta que encontramos un lugar viable. Al llegar al otro lado encontramos novísimas pisadas de búfalo. Tuvo mucha suerte el animal. No lo logramos verlo. Si lo hubiéramos visto hubiera tenido que ser borrado de la lista del mundo de los vivos. Yo no me cansaba a pesar de que iba en vanguardia abriendo paso por entre la maleza a golpe de machete. Cuando el sol estaba ya cerca del horizonte nos paramos un poco para descansar y fumar un cigarrillo. Dios en aquel día no nos había concedido la suerte de ver elefantes.

Después de un ratito de descanso emprendimos otra vez la marcha a través de la interminable selva. Poco después ordené una parada para emitir algunos gruñidos de antílope para ver si cazábamos alguno. Al instante se presentó uno pero al vernos se dió a la fuga antes de ponerse a tiro. Seguimos caminando. Algunos expedicionarios comenzaban a dar señales de cansancio. Sus caras se iban apretando. Las bromas se iban extinguiendo. Se sentía desaliento por no haber cazado nada en todo aquel día. Yo les tenía que animar a todos. Así caminábamos cuando nos encontramos con una manada de monos «nariz blanca». Yo intenté cazar uno, pero al apretar el gatillo del rifle el arma falló por dos veces. Abandonando este intento seguimos caminando. El sol se despedía para ir a ocultarse al otro lado del Océano Atlántico. Entonces empezamos a ver trampas de los del campamento de José Elá Nsogo y Mañé

Benga. Recobramos ánimos al sentirnos cerca de dicho campamento. El campamento estaba bastante más lejos de lo que al principio habíamos pensado. El amigo Nsomo, novato como Sebastián en cacería, ya sentía nostalgia y añoraba su casa. Decía que ya habíamos andado mucho tiempo sin probar bocado y que hasta dónde tendríamos que andar.

Estando revolviendo aquellas ideas oímos voces procedentes de un antiguo despoblado; voces que resultaron ser las de José Elá Ndongo y Mañé Benga. Estaban bebiendo topé. Al reconocernos nos acogieron muy hospitalariamente y nos ofrecieron aquel reconfortante aguardiente del país. Se interesaron mucho por la suerte de nuestra expedición y les dijimos que no habíamos visto indicios de elefantes en el camino que habíamos recorrido durante el día.

Nos llevaron al campamento cuando era ya de noche. Cenamos abundantemente, charlamos y por fin nos fuimos a dormir con bastante cansancio. Mala suerte la de aquel día. Pero el cazador siempre tiene esperanza en el día siguiente.

OTRO DIA SIN SUERTE Y CAZADORES EN CRISIS

Yo fui el primero en despertar y fui hacia las demás chozas dando los buenos días a los demás, y preguntándoles que qué tal habían pasado la noche.

Enseguida nos reunimos todos, y sin desayunar nos pusimos en camino. La noche anterior nos habían infor-

mado nuestros amigos que las mujeres habían visto en las fincas pisadas de elefantes. Mañé Benga por su parte nos informó que él mismo se había encontrado con una manada de elefantes y que el macho tenía muy buenos colmillos. Esto de los colmillos era lo que más me interesaba a mí. Quería que los colmillos de un elefante pesaran más de veinte kilos cada uno. Informé a Mañé Benga que le dejaría el rifle pequeño para que me cazara búfalos ya que me interesaban mucho los cráneos. Además le rogué que nos acompañara en la caza que habíamos de hacer al día siguiente. Y él, que también es muy aficionado a la caza accedió muy gustosamente. Como verá pues el lector ya somos seis los que componemos el safari.

Nos pusimos en camino con la esperanza de que en la nueva jornada que comenzaba tendríamos más suerte que en el día de ayer. Mañé Benga tenía una escopeta monocañón, Esa escopeta pasó a manos de Abá—Abá mientras éste le entregaba el rifle de seis tiros. Llegamos donde Mañé tenía el topé y bebimos más de un litro. Después nos dirigimos hacia donde Mañé Benga había visto los elefantes.

Esta vez fue Mañé Benga el que asumió la responsabilidad de dirigirnos para guiarnos hacia donde había visto la pequeña manada de tres elefantes. Anduvimos como siempre silenciosos.

El nuevo guía nos condujo muy bien. Anduvimos la mayor parte de la mañana de la segunda jornada cuando de pronto Mañé Benga me mostró el

lugar donde él había encontrado los elefantes. Efectivamente, allí estaban las huellas. Nos pusimos a rastrearlos desistimos al poco tiempo al comprobar que se trataba de elefantes enanos. Sus huellas eran de 39 centímetros. A mí me interesaban elefantes cuya huella tuviera mas de 45 centímetros porque esos sí que tendrían buenos colmillos. Después de haber determinado dejar en paz aquellos elefantitos volví a ser yo el guía. Seguimos marchando. Enseguida descubrí un jabalí que estaba haciendo un hueco para cobijarse. Hice señas a Mañé Benga para que lo matara con el rifle pequeño, pero Mañé se había quedado atrás encendiendo su cigarrillo, circunstancia que salvó al bicho.

Yo ya me empezaba a preguntar si tendríamos mala suerte en aquella expedición, pues todos los animales se nos escapaban antes de ponerse en la línea de tiro.

Anduvimos largo tiempo cruzando varios riachuelos hasta que llegamos a unas rocas gigantescas donde nos sentamos a descansar fumando un cigarrillo. Todos contemplamos aquellas grandes rocas admirando las obras de Dios.

Alguno propuso la idea de almorzar allí mismo. Yo dije que debíamos almorzar donde hubiera agua. Esta disposición no agradó a muchos en especial a Lucas Nsomo que por lo visto ya se sentía dominado por el hambre. Nos levantamos y continuamos nuestra marcha. Pronto encontramos el riachuelo que nos iba a proporcionar agua para desayunar. Esto agradó a muchos y en especial

claro está, a Lucas Nsomo que ya maldecía la hora en que se le había ocurrido formar parte de la expedición.

Deogracias tomaba bromas pesadas, que fundiéndose con la situación, podían hacer explotar a uno.

Abá—Abá, siempre silencioso, habituado a la caza, sólo se limitaba a reír divertido a costa de los demás.

Sebastián seguía invulnerable a las fatigas con las ansias de ver un elefante vivo y verle después caer bajo nuestras balas.

Después de comer de nuestras provisiones acompañadas con el agua fresca de la selva nos pusimos en marcha buscando el campamento de Ekong Abogo en Ngon—Ebeme lo que indicaba que por aquel día habíamos dejado ya de hacer caza. Mucho camino nos faltaba todavía para llegar al predicho campamento.

El recibimiento que nos hicieron fué apoteósico, igual que en el campamento de Mañe Benga.

Cenamos, charlamos, dormimos, despertamos, volvimos a la selva y nada.

¡RAYOS! ES QUE NO VAMOS
A CAZAR NADA?

¿Es que no vamos a cazar nada en esta expedición? me preguntaba yo. Llegamos a Makora. Allí encontramos a otra expedición formada por D. Tobías Macoga que acompañaba a un Sr. Europeo venido de Santa Isabel con el fin de matar elefantes. Resulta que ellos habían tenido más suerte que nosotros. En su primer día de caza mataron un gran

elefante macho de buenos colmillos. Entonces fué cuando nosotros maldijimos nuestra mala suerte pues llevábamos ya tres días en el bosque, en un bosque donde abundaban manadas de elefantes y no habíamos visto ninguno. Como ves, lector, nuestra suerte no era nada deseable.

Dormimos en Makora.

Al día siguiente dimos un gran rodeo por el bosque. Vimos muchas huellas viejas de elefantes y de búfalos. Ese día nos extraviamos y tuvimos que andar mucho por la selva. Nuestras provisiones se estaban acabando. En nuestro extravío estuvimos a punto de llegar otra vez a Ngon—Ebeme.

DE REPENTE, FRESQUISIMAS
HUELLAS DE ELEFANTES

Sin pérdida de tiempo nos pusimos a rastrearlos. Por las huellas supe enseguida que eran tres. Dos gorditos, macho y hembra, y un bebé. Pero enseguida me di cuenta de que se trataba de otra maldita manada de elefantes enanos y que no valía la pena perseguirlos.

Los demás compañeros se preguntaban:

—Pero ¿qué clase de elefante quiere cazar Melchor?

LA SUERTE SE RESISTIA

Abandonamos aquellas huellas y llegamos otra vez al campamento de Ekong—Abogo en Ngon—Ebeme. Pasamos la noche allí. Imagine el lector con qué animos comenzaría-

mos la jornada. Yo ya sabía lo que era la caza, por eso no perdía la esperanza, por eso seguía esperando la sorpresa de las deseadas huellas. Mañe Benga ya se había tenido que separar de nosotros porque tuvo la mala noticia de que su madre estaba enferma, El fusil de seis tiros volvió a pasar a las manos de Artillero Abá—Abá cosa que a éste agradó mucho. Ahora, en lugar de Mañe Benga nos acompañaba el mismo Ekong—Abogo que iba en plan de registrar sus trampas.

Era nuestro quinto día en la selva. Ese día llegamos a Esamabenga de Nkoelón. Allí nos informaron que un gigantesco elefante solitario merodeaba por la comarca haciendo grandes detrozos a su paso y asolando las fincas.

Decidimos salir en su busca a día siguiente por la mañana.

Amaneció pues nuestro día sexto. En los cinco anteriores no habíamos disparado ni un solo tiro. Pero Dios es grande. Enseguida nos concedió descubrir las huellas frescas de un super—elefante cuyas huellas eran de 48 centímetros. Sebastián pudo contemplar las faenas que van realizando estos animales en la selva. No hacía más que admirar cómo el elefante camina haciendo alarde de su fuerza bruta. Un elefante de esa talla y peso camina destruyendo, arrancando y aplastando lo que encuentra a su paso.

Caminamos más de cinco kilómetros viendo aquí y allá la obra destructora del mamífero más grande de la creación. De pronto tuve que ordenar el alerta El bicho estaba allí. Abá—Abá y yo preparamos las armas. Los demás buscaron un árbol grande para defenderse en caso de peligro. Sebastián disfrutaba como nunca porque por fin había ya logrado ver un elefante y ¡qué elefante! en su ambiente. Nuestro ya conocido artillero y yo nos acercamos con el cuidado que es de suponer. Nos acercamos sin miedo hasta que le teníamos a cinco metros.

Desde que le vimos le consideramos vencido. Por eso no teníamos miedo.

Sonaron dos tiros que se confundieron en uno. Las dos balas entraron certeras por el orificio de la oreja izquierda y destrozaron el cerebro del gigantesco animal. El bicho dobló solemnemente sus rodillas y cayó para no levantarse más.

La satisfacción de nuestro triunfo fué indescriptible al ver allí derribadas siete toneladas de bicho. Yo estaba muy contento porque había conseguido los colmillos que deseaba. El séptimo día fué el regreso triunfal a nuestros hogares. Pero ese día, mucho más triunfal que para nosotros lo fué para los sesenta habitantes de Nkaelón porque en ese día se surtieron de carne de elefante para medio año.

Urbanismo en el trópico

LA PLAZA SIN PALMERAS

Me daba miedo ver la plaza de España sin palmeras, las sufridas palmeras que destrozaban los murciélagos gigantes, al colgarse a montones de sus ramas. Habían adquirido condición de nota típica; en África y Europa. Los habitantes de Santa Isabel tenían la impresión de haberlas visto siempre ahí, primero con innegable lozanía, luego más altas, pero con menos brío, casi calvas.

Pero he de decirlo sin ambages; a mi modo de ver, la plaza de España sin palmeras, con rosales, arbustos del país y numeros retoños de la familia de las palmas, resulta mejor que en tiempos anteriores. Aparece más limpia, más holgada. Tal vez más acorde con los edificios que la enmarcan.

El urbanismo, lo mismo que la decoración, choca a menudo con nuestras costumbres.

Cuando en mi casa se ha cambiado la distribución de los muebles del comedor, o del cuarto de estar, me he sentido incómodo. No he pensado nada sobre si el modo nuevo era de mejor gusto que el antiguo. Me ha dolido la alteración de lo que, en mi subconsciente, había adquirido la condición de algo definitivo. No he recordado que aquellos muebles cambiados llegaron a casa con motivo

de mi boda, o al cambiar de domicilio; que la decoración había sido escogida por nosotros, al gusto de un momento de la vida. Por las mismas razones que no son razones sino sentimientos o aspectos de nuestro hábito, la alteración de los modos urbanísticos nos resulta estridente.

OJEADA EN LA HISTORIA.— La de España no fué siempre una plaza con palmeras, ni existió siquiera en siglos anteriores. Podemos verlo con nuestros propios ojos en la narración publicada en 1864 por don José Muñoz Gaviría, Vizconde de San Javier y que lleva por título «Viaje al África central y a la isla de Fernando Póo.» El Vizconde de San Javier había sido nombrado «administrador de todas las rentas de las posesiones españolas del golfo de Guinea» en el año 1860. Cuenta muchas cosas y publica grabados que en la actualidad resultan preciosos. Aparece en uno la sede del Gobernador. Poco más o menos donde en nuestros días están los edificios de la Delegación de Hacienda o la Comandancia de Marina. En otro, lo que luego fué la cuesta de las fiebres, los descampados que ocupan el lugar de la actual plaza de España y sus contornos y, al fondo, algunas viviendas construidas con troncos y hojas

varias, y cubiertas con nipa. Pero no hay cocoteros ni palmeras en el descampado ni cerca de las chozas. Hay algún ejemplar de la familia de las palmas más al interior y en los alrededores de la bahía.

La plaza de España, construída, ornada y alineada como la hemos visto luego, ha de ser cosa del siglo en que vivimos. Al parecer, surgió poquito a poco. No fué un modo urbanístico espontáneo, por decirlo así, sino un fruto de la evolución

TAMBIEN HAY DESACIERTOS.— El Ayuntamiento de Santa Isabel ha cometido varios desaguisados urbanísticos; el peor, la guerra a los egombe—egombes. Pero ha logrado acertar en la transformación de la plaza de España.

Dicen que los egombe—egombes ensucian las calles y agrietan los pavimentos. Estas serán razones de los que van en coche. Los que tenemos condición de peatones o viandantes sabemos, ante todo, que la sombra de los pita columbus es insuficiente para protegernos del sol inclemente de la seca y que el egombe—egombe resulta acogedor.

En cuanto a suciedad, vean los señores que componen el Ayuntamiento de Santa Isabel la alfombra de vainas de falsa algarroba que en la actualidad ensucia un largo tramo de Punta Fernanda. Y allí se yerguen solamente árboles de armadura gigantesca y follaje ridículo, incapaz de acogernos con verdadera sombra. Vayan a pie, arriba y abajo, alrede-

dor del mediodía, que es cuando necesitamos protección y, si lo resisten, no les quedarán ganas de repetir la experiencia. Comprueben la desolación de la plaza Shelly en las horas del día. Por falta de sombra han condenado a la infancia a jugar al aire libre cuando el sol se fué como los murciélagos o las cucarachas.

En cuanto a la guerra de los pavimentos, bastará una muestra. En la calle Asturias, entre las de Galicia y Aragón, hay dos árboles grandes: un pita columbus y un egombe—egombe. Cualquiera puede ver que el pita columbus estropeó acera y pavimetos; no el egombe—egombe. Y en la parte occidental de Punta Fernanda, cerca del camino por el que se baja hacia la llamada playa de los catalanes, hay un árbol de esos de hoja de perejil que se llevó de calle el pavimento del contorno.

MI CUARTO A ESPADAS.— Acertó la alcaldía en las modificaciones de la plaza de España. Está bien sin palmeras ni murciélagos gigantes. Pero es voz pública que van a construir en ella una fuente luminosa y ha cundido la alarma entre la población. Temen que haga estragos el delirio de grandeza y surja una fuente adecuada para Madrid o Barcelona, pero inadecuada—urbanísticamente y económicamente—para Santa Isabel. Esta ciudad, que tiene ángel, a pesar de todo, no necesita vestidos urbanísticos de bazar, sino hechos a su medida. No le conviene una fuente luminosa con grandes chorros de agua y cambios de luz. Le sentaría mejor algo gracioso, de reducidas

dimensiones, acorde con su estilo y su potencia económica. Tal vez algo que se parezca más al surtidor precioso que hay en el cruce de la Rambla de Cataluña y la Avenida de José Antonio de Barcelona, que a la gran fuente luminosa del cruce del Paseo de Gracia y la Avenida de José Antonio, de la misma ciudad.

Acertó el Ayuntamiento en la primera fase de la transformación de la plaza de España. Aunque echemos

de menos a las altas palmeras y en los primeros meses esa inevitable sensación de incomodidad propia de los cambios. Si consiguen dotarla de una pequeña fuente luminosa, que cuadre con las dimensiones y el modo de ser de la ciudad, acertarán también y habrán de agradecerse, no solamente los que ahora residen en Santa Isabel, sino también la generación que había de sucederles.

enero de 1967 José M^a Vilà



«He visto como se ponen las primeras piedras»

Hoy día podemos invocar la nueva era de la piedra. La antigüedad labró la piedra e hizo una historia. Hoy labramos la piedra y la bendecimos para comenzar una nueva era, la era de las poblaciones modernas y cristianas. La piedra bendecida es punto final a la población antigua para fraguar una nueva vida. Yo he visto cómo en la Guinea Ecuatorial, se ponen las primeras piedras, con un sentido simbólico, rico en contenido.

Día 6 de enero.— Después de las dos misas me incorporé a la comitiva de Su Excia., el Presidente, como habían hecho otros sacerdotes en sus correspondientes misiones. Nduму plantó la primera piedra a la sombra de los cacaoteros entre las aclamaciones de las multitudes. Acoga en una enardecida como para significar la unión de criterios diversos, (porque cada tribu tiene derecho a opinar). Oveng—eseng, la última jornada del día. La piedra en la mitad del pueblo de la estación. Al anoecer, Su Excia. pronunció una conferencia al aire libre, y pernoctó.

Día 7.— Abandonamos la carretera general de Mongomó de Guadalupe. Ongoma—eseng plantó la piedra entre la capilla y la escuela Adurelang. Nzomo recibió a Su Excia. pronunciando dos discursos: uno en fang, escrito sobre un pergamino saleroso, y otro declamado con buena entonación en la lengua de Cervantes. Visitas obligadas fueron el cementerio y la iglesia. Acto seguido la puesta de la piedra en el pueblo de la escuela y la iglesia. Había constituido una verdadera ovación clamorosa. La piedra se colocó entre la escuela y la iglesia. Ebang—Nzomo, la última jornada del día. Su Excia. pernoctó en Matámasi.

Día 8.— Descanso dominical.

Día 9.— Visitamos Mbiralen, Acam—esandon, Makak yevenbeñ, Mabá—Nzomo que nos acogió a todos bajo la sombra confortable de su hermoso engombe—engombe. Su Excia. pernoctó en A sok-esandon.

Día 10.— En este día sólo plantamos dos piedras. Una en Asoc y otra en su vecina Alen—Efac.

El ceremonial

—Toma, Padre

—Don Bonifacio me alargó su mano que ostentaba un crucifijo minúsculo. Adiviné que había que echar una bendición. A ello me llevó la inercia de la intuición. ¡Qué Xto. más chiquitín! Pero ¡qué misión más grandiosa! a) Ser testigo día y noche del pueblo nuevo. b) Aumentar las malas sombras.

En la segunda oferta tropezaron mis ojos con tres duros de plata. En un sentido acomodaticio —ráfagas de Teología— significan la Santísima Trinidad. Hay un segundo sentido, el «existencial» con triple símbolo: a) prosperidad. b) amor y c) fuerza.

Los frutos constituyen la primera oferta. La calabaza, el cacahuete el plátano, la banana, etc. todo recibió la sanidad de una bendición sacerdotal.

En lo que llamaríamos fórmula de estas ceremonias que fueron las palabras que precedieron todos estos ritos, se advierte la presencia de tres personajes. Se procede en nombre de Dios, el Caudillo de España y de Dn. Bonifacio, primer Presidente de la Guinea Autónoma.

Don Bonifacio no echaba discursos de tipo forense. Ataca los prejuicios con sorna (sin burlas), lenguaje pausado, afirmaciones a plomo, luego declina suavemente al diálogo para compulsar opiniones

«Es conveniente la unión —dice— porque hace la fuerza. Guerra para que no se cumpla entre vosotros aquello de *divide y vencerás*». Hoy comenzáis un pueblo nuevo. No tendréis más *ngangan* que el sacerdote que os bendiga. Ha llegado el tiempo de la luz. No escuchéis a los falsos profetas de nuestros días, que os piden mucho (y nada os dan) so pretexto de redención. Ahí va el lema del progreso: Respetad siempre, 1.º el Decálogo de Dios. 2.º El Código del Clan Fang (en lo bueno que tiene) y 3.º el Código de vuestros Gobernantes (en lo Civil).»...

Ebebiyin

José Buaki, C. M. F.

Compañías petroleras en Fernando Poo

Durante varios días de enero y febrero hemos visto maniobrar por mares de Fernando Poo varios barcos cuyo aspecto suscitó la curiosidad pública. Se trataba de varios barcos pertenecientes a varias compañías petroleras. Las actividades que les vimos realizar pertenecían al primer periodo de exploración de tres concesiones conseguidas del Gobierno por las compañías CEPESA, MOBIL, GULF y RIO TINTO.

De estas exploraciones lo que más llamó la atención fueron las potentes detonaciones producidas en el agua desde un barco rojo que se movía con gran velocidad.

«Estas explosiones no las producimos para matar peces aunque mueren muchos» nos dijo un técnico de las prospecciones. El barco explorador arrastra un cable de dos kilómetros en el que van instalados 24 aparatos llamados geófonos que registran el sonido de esas explosiones y las reflexiones de este mismo sonido en los distintos estratos del subsuelo. Producida la explosión, los geófonos recogen sucesivamente todos los ecos llegados de los estratos del subsuelo. El tiempo que tardan en llegar a los geófonos esos ecos, medido en milisegundos, da a conocer la profundidad a que se encuentran. Las rutas que sigue el barco explorador sobre la concesión forman una malla o cuadrículado que permitirá, con la determinada repetición de explosiones, tomar distintas gráficas, que correspondan a la estructura de los estratos que se estudian. Un aumento de milisegundos en la llegada a los geófonos del sonido reflejado significará una depresión en la dirección del estrato; una disminución de milisegundos significará una elevación de ese mismo estrato.

Con este procedimiento que se llama «Sísmica de reflexión» se puede elaborar con bastante precisión un mapa geológico del subsuelo en el que aparezcan los estratos extendiéndose horizontalmente o formando bóvedas. Estas bóvedas llamadas anticlinales son las interesantes porque en ellas se suelen almacenar los hidrocarburos.

Una vez que los técnicos de las referidas compañías elaboren los mapas geológicos a base de los datos recogidos en las concesiones de Fernando Poo, volverán preparados para realizar perforaciones sobre las bóvedas anticlinales que más garantías ofrezcan de contener el deseado oro negro.